

E. MIRET MAGDA LENA

EN el siglo pasado, el anarquista Max Stirner —hoy cada vez más valorado— afirmó: "Hace mucho tiempo que no teméis ya a Dios a la antigua manera". Y tenía toda la razón, porque cada día que pasa vemos nuevas crisis personales y colectivas en la fe de los que nacieron católicos casi por real decreto, y quieren plantearse ahora el tema religioso.

El hombre de hoy —la juventud sobre todo— quiere tener una presencia en el mundo y una participación en su funcionamiento y desarrollo. Y lo mismo desea hacer en lo religioso. No quiere vivir como católico por el simple hecho de que lo bautizaran sin pedirle su opinión, que es lo que suelen olvidar todos los españoles que son padres cuando crecen sus hijos; o lo que está arraigado —confusamente arraigado— en la religiosidad popular española, como si eso fuera el Evangelio, que a tanta distancia se encuentra muchas veces de estas rutinas supersticiosas que han hecho el meollo de nuestra religión hispánica.

Hace años, monseñor Díaz Merchán, cuando era un modesto obispo de Guadix, aclaró que la fe no podía ser heredada, que debía ser algo personal. Lo mismo que decía en 1965 el teólogo K. Rahner, S. J. —y repite hoy el obispo de Segovia—, previendo el cambio religioso que se ha producido en estos tiempos: los católicos ya no pueden ser católicos de herencia, sino de convicción personal.

Ahora se está gestando la renovación del Concordato en España, y uno de los puntos importantes por el que siempre batalla con todas sus energías la Jerarquía (en este caso la Santa Sede) es el de la enseñanza religiosa. Pero es triste que a la Iglesia jerárquica le falta todavía mucho para darse cuenta del cambio que se ha dado en la sociedad española y en los individuos españoles. Y por eso sigue pensando en defender sus privilegios, intereses creados y situaciones de cómodo y rutinario establecimiento. Sigue pensando que es un baluarte que hay que proteger con todas las fuerzas.

Y en eso está equivocada por falta de realismo presente y visión de futuro.

No se trata tampoco de preocuparse sólo académicamente del ateísmo naciente en amplios núcleos del país; ni de querer una presencia anacrónica y excepcional en los medios de comunicación social, se llamen radio o televisión, puesto que en los demás medios ya poca presencia le cabe (cine, teatro, literatura...) al haber adquirido éstos una consistencia de autonomía y madurez, exenta de todo clericalismo dominador y pacato.

Me pregunto también muchas veces cuál es la forma que además se pretende dar todavía a la formación religiosa. Y veo lo mismo que ocurre con los instrumentos de comunicación: se parte de otra sociedad y de hombres distintos de los nuestros. Si las fa-

milias eran tradicionalmente religiosas (de práctica religiosa exterior más que de fondo) les bastaba hasta ahora llevar a los hijos a un colegio de religiosos para que el éxito con ello lo dieran por descontado. Pero lo que ha ocurrido ha sido en muchas ocasiones —cada vez más— lo contrario: el hijo, en cuanto se hace autónomo, sacude este yugo tradicional y lo tira por la borda casi totalmente.

Y si la religión familiar era más sólida, más integrante, lo único que se hacía era suministrar a los hijos un razonamiento de pacotilla, una apologética sin base cultural actual, que repetía como un papagayo hablando de las pruebas tomistas de la existencia de Dios (que nunca han convencido a nadie que no estuviera antes convencido por otros motivos), o de los milagros de Lourdes y de Fátima, o de cualquier otro argumento trasnochado que no corresponde ya a nuestra cultura.

Es curioso que estos hombres religiosos de otra época no se dieran cuenta de que,

LA REVOLUCIÓN DE LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

en el fondo, si ellos valoraban y aceptaban lo religioso, es porque vivían una experiencia profunda positiva que la religión les había proporcionado, y no por todo ese fárrago de pretendidos argumentos racionales o heredados de pacotilla.

¿Por qué entonces no ahondan más obispos, clérigos y padres de familia, y se dan cuenta de nuestra realidad actual? Deben percatare que mientras no haya una vivencia religiosa profunda en nuestra vida personal, todo lo demás nada tiene que ver con la religión, ni puede confrontarse con los embates de un mundo que se basta a sí mismo con su técnica, su ciencia, su arte y su política laicas. Porque o la religión es vida íntima que impulsa hacia fuera, o si es mero exteriorismo no puede ponerse en parangón con los éxitos que proporcionan los avances del mundo moderno.

Kazantzakis —el gran novelista griego— confiesa con estupor esta nueva situación diciendo: "Antes pensaba que Dios reía y luchaba y lloraba a mi lado; ahora me parece que estoy hablando a mi sombra". ¿Por qué esto? Porque Dios era un "deus ex machina" que invocábamos para resolver todos nuestros problemas técnicos en una época pre-científica; pero hoy la ciencia los resuelve mejor, más rápidamente y con mayor seguridad.

Y si Dios sigue siendo sólo un dios tapa-agujeros, no cabe la menor duda que hoy se ha convertido en una sombra.

Pero Dios no es eso, según los grandes hombres religiosos de la Humanidad que fueron los místicos, como Eckart o San Juan de la Cruz. Dios es —debe ser para el creyente—: "Una exigencia de creación incesante, un movimiento inspirador que nos pide siempre querer más allá... y esta impulsión creadora es lo que llamamos Dios; ... es una energía de vida infinita, ... que nos lleva a responsabilizarnos de nuestro destino (social y humano) y nos lleva siempre más allá de nosotros mismos" (Abbé Joly = Qu'est-ce que croire?). Así hemos de ver a Dios: vitalmente, como el impulso que nos mueve a cooperar con la creación de un mundo nuevo interior y exterior; no sólo de estructuras visibles, sino también de estructuras invisibles que promuevan la felicidad y el sentido de la vida, de esta vida descoyuntada (de payasos realmente) que vivimos hoy y que no satisface ni puede satisfacer a nadie.

¿Cuándo se percatarán los representantes religiosos y las familias religiosas de estas simples y claras verdades?

Otro problema —en conexión con éste— es el camino para conseguir esta meta. Camino que no puede ser el ingenuo método de confiar los padres en los colegios que llevan el marchamo de católicos, y los obispos en una intervención directa en el nombramiento de los profesores de religión. Precisamente los menos a propósito muchas veces para comprender a los niños y adolescentes de hoy y la cultura de la época, son los que han pasado por un seminario o una universidad de la Iglesia y que están por ello desconectados de estos problemas vitales que exige darse cuenta de ellos el mundo de hoy. Pronto abordaré esta cuestión de indudable importancia en nuestro contexto español.

Desde luego hemos de plantearnos los creyentes que la religión no la dan ni pueden dar los colegios. Los colegios —hoy por hoy— son vehículo de cultura y no de vivencias íntimas religiosas, y esto es una realidad que no hemos de ocultarnos pretendiendo una utopía y cayendo en un idealismo optimista de cara al futuro.

Nadie nos podemos quedar tranquilos analizando los problemas y luego arbitrando soluciones irreales que ni son posibles en la práctica ni la evolución del mundo, autónomo y secularizado, fomenta. Incluso podríamos plantearnos si deben existir colegios católicos, o más bien superaremos esta solución confesional como hemos superado el cine católico, la prensa católica, las piscinas católicas y la política católica. Yo creo que ese es el camino del futuro. Lo que hace falta es encauzar el problema educativo religioso de un modo que sea efectivo y realista, sin caer en nuevos anacronismos que el tiempo superará queramos o no queramos, y por supuesto respetando la libertad de los hijos. ■